

CAPITULO VIII.

Juegos crueles.



COMPRENDIÓ Anton Perez que habia llegado el momento de recoger el fruto de sus trabajos.

Despues de tranquilizar aparentemente á Catalina, cuando la vió caer en un profundo desaliento:

—¡Ah! exclamó. Si mi mision en el mundo no fuese practicar la caridad, si yo pudiera desprenderme por un momento de los altos deberes que tengo que cumplir, midiendo como mido la intensidad de vuestro dolor, en vez de ofreceros consuelos inútiles, os citaria á castigar al culpable.

—Eso, eso es lo que quiero, exclamó Catalina.

—No puede perdonarse un crimen de esa naturaleza, y no hay duda de que debe ser cierto.

Cuando esos soldados, que ignoraban vuestra presencia, han hablado de ese modo; cuando aseguran que una mujer os roba el cariño de vuestro esposo, debe ser positivo.

¡Ah! Catalina, debereis sufrir mucho.

—No podeis comprenderlo.

—Me parece que sí, y para que os convenzais, voy á revelaros á vos misma las ideas, los pensamientos que abrigais.

—Es imposible.

—No tanto como creeis. No, no he amado nunca; pero comprendo el amor.

Una mujer como vos ha consagrado toda su existencia à un hombre, una mujer que ha soñado la más dulce de las felicidades, al ver que se le arrebatara una miserable averturero, siente

que se convierte en su pecho el amor que sentia en un odio profundo, sin tregua, sin piedad.

—Sí, Catalina; vos on este instante odiais á Hernan Cortés.

—Con toda mi alma.

—Y le odiais, porque sentís el aguijon de los celos en vuestro corazon.

—Celos no.

Anton Perez fijó una mirada profunda en Catalina.

—Haceis mal en negarlo, dijo despues.

—¿Celos de un hombre indigno?

—¡Ah! ¿Por qué no? Por ventura el odio que tiene una mujer que ama al hombre objeto de su amor, no es hijo de los celos?

Los celos avivan vuestra imaginacion; vuestra imaginacion traspasa el Océano, llega hasta esos países donde se halla vuestro esposo, y allí observa, espía, le ve olvidado de sus deberes, engreido de la gloria que alcanza, y arrojando sus laureles á los piés de una mujer indigna por todos conceptos de su aprecio.

Vuestra imaginacion ve todo esto.

Penetra hasta en el hogar de vuestro esposo, le sorprende á solas con su amante, contempla con ansiedad y dolor las caricias que le propaga, oye los juramentos que le hace; y en ese momento, cuando veis todo eso, cuando pensais que el padre de vuestro desgraciado hijo olvida todos sus deberes, sacrifica vuestro amor á una impura pasion, se arroja en los brazos de una mujer infame, ¡ah! Catalina, en ese momento deseais poder estar á su lado para clavar un puñal en su corazon. ¿He adivinado, ó no, lo que sentís?

—Sí, exclamó Catalina; todo eso que acabais de decir lo experimento.

No sé si son celos ú odio lo que siento.

Daria toda mi vida por poder llegar adonde está mi esposo, caer sobre él y hundir un puñal en su pecho.

Después de esto, la muerte sería mi única esperanza, mi única dicha.

—No me extraña que penseis de esa manera, y yo os disculpo.

El dolor hace crueles á las almas más sensibles; pero no debo aconsejaros que sigais ese camino.

Compadece al culpable, que está ciego; perdona á esa mujer que os roba el cariño de vuestro esposo.

—¿Jugais con mi dolor? preguntó Catalina.

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Entonces ¿por qué razón escudriñais los secretos de mi alma, por qué razón adivináis mis pensamientos, y en los momentos en que me embriaga la alegría de la venganza me recordais los deberes de la religión?

—Cumpló con mi deber, y nada más.

—Pues bien; seré impía; seré indigna de vuestro aprecio y del de las gentes; me odiará todo el mundo, poco me importa nada me queda ya más que la venganza.

—¿Qué pensais, Catalina?

—¿Por ventura una mujer que vive como yo, abandonada, en la miseria, sin amparo de ningún género, sabiendo su desdicha, puede permanecer tranquila y resignada?

No, á todo estoy dispuesta.

No habrá peligro que no arrostre, no habrá sacrificio que no acepte, por saborear el placer de la venganza.

¡Ah! ¡Por piedad! En vez de desanimarme, en vez de recordarme el deber de perdonar las injurias, alentadme, dadme algún medio, sugeridme alguna idea para que yo encuentre al ménos esta satisfaccion que anhelo con la sed del hidrópico.

—Medios hay, dijo Anton Perez; pero no seré yo quien os los sugiera.

—¿Por qué no?

—¿Quereis por ventura que yo sea vuestro cómplice?

—¡Estoy loca, apiadaos de mí!

—¿Quién dice que esos soldados no exageran?

—¿Vais á evadiros?

—No; pido á la razón un rayo de luz para que veais claro.

¿Quién no os asegura que esa india, cuya belleza han ponderado los soldados de Hernan Cortés, no es pura y simplemente una amiga de vuestro esposo, una intérprete.

Los hombres son muy dados á la calumnia.

Casi sería bueno que fuérais vos misma á buscar á vuestro esposo, que os valiérais de algún medio para espiarle sin ser vista, para sorprenderle.

Entonces es posible que descubrierais la verdad, y si la descubriais, pusiérais en claro la calumnia; y entonces, en vez de satisfacer una venganza, cayérais en los brazos de vuestro esposo para llorar con él la muerte de vuestro hijo.

Anton Perez conocia el corazón humano, ó por lo ménos sabia jugar con sus sentimientos.

Es imposible mayor crueldad que la suya para con Catalina en aquella angustiosa situación.

La jóven quedó reflexionando algunos instantes.

—Sí, dijo hablándose á sí misma, después de una breve pausa. Yo debería ir, espiarle, convencerme, vengarme si era cierta mi desdicha.

Pero ¿cómo? ¿Cómo una mujer realiza esta empresa?

—Una idea se me ocurre, dijo Anton Perez.

—¡Hablad, hablad por Dios!

—El sufrimiento os ha desfigurado algo.

Por otra parte, vos sois varonil.

¿Por qué no adoptais un disfraz?

La influencia que yo tengo con los que alistan tropas para las Indias me podrá facilitar el medio de conseguir que os alisten como soldado; ireis á Santiago de Cuba, en donde no os reconocerán con el disfraz, y como parten de allí á cada momen-

to embarcaciones con gente para auxiliar á Hernan Cortés, nada más fácil que realizar vuestro deseo.

—Sí, dijo Catalina; yo me siento con valor para ocultarlo todo, para ocultar bajo el traje de un simple soldado la desesperacion que devora mi alma.

—Pensadlo bien, repuso Anton Perez.

—Ya lo he pensado.

Completad vuestra obra, cumplid esa promesa que me habeis hecho.

Haced que me alisten como un soldado cualquiera, como el último.

—Incurro en una gran responsabilidad.

—No la temais.

—¿Y si mañana os arrepentís?

—Nunca os echaré la culpa.

—Catalina, ved que ese paso es muy arriesgado.

—¿Os gozais en mi dolor?

—¿Por qué decís eso?

—Me abris camino, y lo cerrais enseguida.

—No quiero que me llameis cruel; realizaré vuestros designios.

Catalina recibió una cantidad de manos de Anton Perez, y se proporcionó con ella el traje para disfrazarse de soldado.

Al mismo tiempo compró un acerado puñal que guardó en su pecho, recatándole de todo el mundo.

Algunos dias despues, con el nombre de Juan Torralva, salió de Cádiz en una carabela que conducia soldados á Santiago de Cuba.

Anton Perez regresó á Búrgos.

—Están cumplidas vuestras órdenes, dijo al arzobispo.

—Eres un buen muchacho y harás fortuna, le contestó su eminencia.

No pudieron hablar más entónces, porque entró á ver al arzobispo Pánfilo de Narvaez.

Ya volveremos á encontrar á Catalina.

Las vicisitudes que sufría merecen ser conocidas de nuestros lectores.

Hay séres que parecen predestinados al dolor.

Pero abandonando á la desgraciada esposa, veamos ahora lo que habia pasado al capitán vencido por Hernan Cortés.

CAPITULO IX.

Un encuentro inesperado.



PÁNFILO de Narvaez salió de Veracruz con su amigo el capitán Salvatierra y algunos soldados, y cumpliendo la palabra que había dado á Hernan Cortés, más que por nada por no presentarse á Santiago de Cuba derrotado y con la herida abierta, que había de ser mientras viviera testimonio de su derrota, llegó directamente á la Península.

Como era natural, se presentó al consejo de Indias, y desde allí, con arreglo á las instrucciones que le había dado el arzobispo de Búrgos, partió á presentarse á él en compañía de Salvatierra.

En aquella ocasion no le acompañaba Iñigo porque había preferido quedarse á las órdenes de Hernan Cortés.

Hallándose los dos viajeros pobres, Salvatierra aconsejaba á Narvaez que se olvidase de las promesas que había hecho á Hernan Cortés, y emplease en su provecho las joyas que aquel le había dado para su esposa.

Pero Narvaez deseaba volver á ver á Catalina, y no escuchaba los consejos de su amigo.

Separáronse entrambos ántes de llegar á Valladolid, porque Salvatierra tenía parientes en Medina del Campo, y quiso pasar con ellos algunos dias, quedando en volver al encuentro de su compañero.

La noticia de la llegada de Narvaez irritó profundamente al arzobispo de Búrgos.

Su arribo implicaba su derrota, y su derrota era la de Velazquez.

Dominó sin embargo, su irritacion, y procuró en su entrevista con Narvaez enterarse de la verdadera situacion de Hernan Cortés.

Quando supo que todas las tropas de Narvaez se habían pasado á las filas de Hernan Cortés; quando se enteró del triunfo que había alcanzado aquel guerrero, llegando hasta México, y apoderándose del emperador de aquel vasto país; quando comprendió que todos los esfuerzos que hiciera Diego de Velazquez por su parte, y él por la suya, serian inútiles, comprendió que solo Catalina, impulsada por los celos, podía malograr los triunfos de su enemigo.

Pánfilo de Narvaez no le ocultó que había recibido de Hernan Cortés el encargo de visitar á su esposa.

—Llegais tarde, le dijo el arzobispo; hace algunos dias que, cansada de esperar noticias de su esposo, ha partido á Santiago de Cuba para informarse de su suerte.

El arzobispo hizo adelantar la salida de una carabela para Santiago de Cuba, y en ella envió al antiguo soldado de Hernan Cortés, su servidor entonces, Antonio de Robles, con un pliego cerrado para Diego de Velazquez.

En él le anunciaba la llegada de Pánfilo de Narvaez, la derrota que había experimentado; le indicaba sus planes, y le anunciaba que Catalina, la esposa de Hernan Cortés, llegaría en breve á Santiago de Cuba disfrazada de hombre con el nombre de Juan de Torralba, encargándole que enviase una nueva expedicion en busca de Hernan Cortés, y que alistase en ella á su esposa, aseguró que lo ganaría más de este modo que enviándole un numeroso ejército.

Hecho esto, esperó los sucesos.

Pánfilo de Narvaez, dominado por su orgullo, no quiso pedir al arzobispo su proteccion para que le confiriese el rey algun

empleo en Madrid, y se retiró con su amigo Salvatierra deseperado de su suerte.

Allí la pobreza le obligó á vender las joyas que le habia confiado Hernán Cortés, proporcionándole recursos para atender durante algun tiempo á sus necesidades.

Los recursos se acabaron; no sabia qué partido tomar, cuando una noche vió salir de la iglesia de Santa María á dos damas encubiertas.

Las dos se quedaron mirándole, y despues de cuchichear, se adelantó una que parecia doncella de la otra, y acercándose á él:

--Dios os guarde, capitán Pánfilo de Narvaez, le dijo.

--¿Quién sois? preguntó este, asombrado de que pronunciaran su nombre.

--Si deseais saberlo, añadió la encubierta, seguidnos, y yo os aseguro que os sorprendereis agradablemente al saber quiénes somos.

Narvaez siguió á las encubiertas, las cuales, por el Pretil de los Consejos, bajaron á la calle de Segovia, y por la plaza de la Paja llegaron á la calle del Almendro; se detuvieron delante de una puerta, y la que habia hablado á Narvaez sacó una llave, abrió, y dejando al caballero en un zaguan:

--Aguardad un instante, le dijo, que pronto vendré á buscaros.

--Aventura tenemos, dijo el capitán.

Poco despues bajó con luz la encubierta, conduciendo por una escalera al galan hasta una sala profusamente adornada.

--Aguardad aquí, le dijo, volviendo á retirarse.

No tardó en sorprenderse Pánfilo de Narvaez.

Se abrió una puerta, y se presentó á sus ojos una dama, á quien conoció enseguida.

--¿Vos aquí, Blanca? exclamó el capitán, reconociendo á su protectora, á su amiga.

--Yo sí, dijo Blanca. ¡Cuánto trabajo me ha costado encontraros!

--¿Aun pensábais en mí?

--¿Podeis dudarlo?

--Mi comportamiento no merecia más que vuestro desden.

--Las mujeres que sufren saben perdonar. Pero no hablemos de esto ahora; hablemos de vos.

--¿En qué estado me hallais! dijo con tristeza Narvaez.

--Sé todo lo que os ha sucedido, y por esta razon os he buscado.

--Sois generosa.

--No hago más que pagar lo que os debo, porque me habeis librado de la desgracia.

Narvaez fijó su mirada sorprendido en Blanca.

--¿Yo? dijo despues de un momento de pausa.

--Vos, sí, en la época en que nos conocimos estaba yo al borde de un precipicio.

Hubiera llegado á ser la esposa de Diego de Velazquez, y un hombre como él, despues de haberos conocido, me hubiera hecho la más desgraciada de las mujeres.

Apénas partisteis, rompí con él mis relaciones, y viéndome libre y rica, regresé á España con la esperanza de que algun dia volveriais aquí y seriamos amigos.

Ha llegado ese dia ya.

Pánfilo de Narvaez guardó silencio.

--Soy indigno de vuestro aprecio, dijo despues. Me presento á vos derrotado, con una marca eterna de mi ignominia, pobre, abandonado, despreciado de todo el mundo.

--Razon de más para que yo me considere dichosa en poder prestaros algun servicio.

Soy viuda, rica, libre: disponed de mi hacienda.

La pobreza hace cambiar de ideas á los hombres, como el viento de direccion á las veletas.

Pánfilo de Narvaez se separó de Blanca.

Al día siguiente Aldonza, la camarista de Blanca, fué á ver á Pánfilo de Narvaez.

—Vengo sin que lo sepa mi ama, le dijo.

—¿Con qué objeto?

—Se portó mal conmigo, me abandonó, se pasó á las filas de mi adversario.

—Falso como todos los hombres, dijo Aldonza. ¡Cómo ha de ser!

Y se dispuso á partir.

—¡Ah! exclamó de pronto. Ya que he venido, quiero demostraros que os estimo, haciéndoos una revelacion.

—¿Cuál?

—Que lo creais ó no, mi ama está enamorada de vos.

—No es posible.

—No ha cesado de recordaros un solo instante, y estoy segura de que si le pedís su mano os la concederá.

Yo, que deseo no apartarme de ella, contraigo méritos cerca de vos, con la única condicion de que algun día, si seáis su esposo, me conserveis á su lado.

—No llegará ese día.

—Si vos no lo quereis, no; de lo contrario, creo que sí.

Y sin aguardar más respuesta, partió la jóven, dejando abismado en un mar de dudas á Pánfilo de Narvaez.

Un año trascurrió, durante el cual las noticias que se recibieron de Hernan Cortés despertaron en Pánfilo de Narvaez la ambicion de igualarle.

Tentábale por un lado esta ambicion, y por otro los ofrecimientos de Blanca, que con su fortuna podia facilitarle los medios de realizar sus designios.

Al fin y al cabo, pensando en sus días de siempre, sofocando en su alma el sentimiento que le inspiraba el recuerdo de Ca-

talina, se unió con Blanca, y desde entónces participó de su fortuna.

Los dos no tardaron en adquirir influencia cerca de los personajes á quienes más favorecia el monarca, y Pánfilo de Narvaez, olvidándose de su derrota, solo buscó desde entónces el medio de borrar sus desgracias con el triunfo.

Ya volveremos á encontrarle, como á Catalina y á algunos otros personajes de esta historia.

Trasladémonos ahora á la imperial ciudad de México, para conocer las causas que habian obligado á Marina á reclamar la presencia de Hernan Cortés y de sus tropas.